

Transitar en el silencio

Carlos Torres Tinajero



Fotografía: Alejandro Arteaga

LA PUBLICACIÓN MÁS RECIENTE DEL ESCRITOR mexicano Eusebio Ruvalcaba es un volumen titulado *El silencio me despertó* (Almaqui Editores, 2011). En él, compila anotaciones elaboradas a lo largo de una década y, en el paseo por el texto, plasma un entorno plural que adquiere cohesión a partir de distintas apreciaciones musicales y literarias. Vale la pena enfatizar esa variedad temática, pues en diferentes secciones se proponen recorridos —demostrativos, anecdóticos, evocativos— para compartir con el público entretenimientos, hábitos y recuerdos que le dan cimiento al imaginario individual del ensayista. Con el tiempo, se transforman en materia prima de peripecias narrativas estructuradas como pequeños *flashazos*.

En buena medida, también las anécdotas están marcadas por la jornada impuesta por la literatura en la que la disciplina se transforma en costumbre. Tras varias temporadas de esfuerzo, consigue elaborar borradores que echan la semilla de próximos ensayos. Se subraya la importancia de conformar un armazón sólido para conferir unidad textual: “La estructura es todo. La estructura y el estilo. La trama es vulgar. A cualquiera se le ocurre”. Gracias a una forma despar-

pajada pero concisa es posible adentrarse en la mente y las actividades periódicas del autor y en el engranaje ambientado por la música, que termina por ser uno de elementos fundamentales.

Una excursión musical

Anclado en una tradición musical por lazos sanguíneos —su padre es Higinio Ruvalcaba, compositor y violinista yahualiquense—, una porción significativa de sus ensayos desfila por expresiones contrastantes y secretos de sinfonías universales. Las aficiones de Ruvalcaba han estado definidas por dos grandes campos con los que ha sabido convivir: la música y la literatura, y para ello se apoya en propiedades estéticas compartidas por ambas disciplinas.

En esa travesía, al hacer un repaso del gran genio ruso, Piotr Ilich Tchaicovsky, rescata uno de los supuestos honores que le hiciera a Leopold Auer, uno de los concertistas rusos de la época. Para él, Tchaicovsky compuso una oleada orquestal colmada de fuerza sonora sin recibir gratificación por la dedicatoria. De paso, se abarcan tres movimientos en un concierto para violín de Tchaicovsky: *Allegro moderato*, *Canzonetta*. *Andante* y *Allegro vivacísimo*, compuesto en 1878 para intentar olvidar una decepción amorosa. Pero de acuerdo con el relato de Ruvalcaba, terminó por constituirse en una de las pruebas fundamentales para cualquier violinista: “exige para su interpretación no solamente un dominio apabullante del violín sino una intensidad a prueba de fuego” (p. 216).

En las historias acuñadas por el autor se recrea la convivencia armónica de Brahms con Clara Shumann, una de las reconocidas pianistas del periodo, además de subrayar la influencia que Beethoven tuvo sobre

Brahms en sus arreglos. También, en los relatos que recorren las páginas, se revive la actuación de Ángela Peralta, la famosísima cantante soprano nacida a mediados del siglo XIX, oriunda de Sinaloa, mejor conocida como “El ruiseñor mexicano”. Conquistó muchos foros europeos y logró darle presencia internacional a creaciones mexicanas. Pero tras contraer segundas nupcias, la fama ganada pareció derrumbársele de tajo sin volver a actuar en el Distrito Federal, a pesar de que su trayecto profesional estuvo unido a Juventino Rosas.

Tertulias y libros

De León Tolstoi a Jonh Fante y de la literatura universal a novelas de artistas mexicanos en ciernes, en el compendio alcanza a registrarse el impulso hacia la lectura de don Octaviano Valdés en los días de formación de Ruvalcaba, pues las puertas de la biblioteca de Valdés siempre permanecieron abiertas a reuniones de todo tipo. Coincidían diversos personajes: “Por ahí pasaron Emmanuel Carballo, José Luis Martínez, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Alfredo Leal Cortés, Alí Chumacero, Raúl Villaseñor, Antonio Gómez Robledo, José Rogelio Álvarez, Agustín Yáñez, Elías Nandino, Enrique González Rojo y Arturo Azuela”, y otros que forjaron camino en la literatura mexicana. Los círculos literarios presenciados por Ruvalcaba en su juventud pudieron haber forjado una conciencia ante el quehacer literario que tiempo más tarde se convierten en una crítica al oficio.

En ese anecdotario desenfadado que Ruvalcaba presenta se encuentran confidencias de apuntes pergeñados en varios años para dar luz y conocer el proceso creativo de portentosas obras. Como muestra de ese propósito descriptivo relata que Tolstoi trabajó quince



Eusebio Ruvalcaba,
El silencio me despertó
México, Almaqui Editores,
2011, 364 pp.

veces *La guerra y la paz* hasta obtener la versión final, y puede ser un ejemplo del compromiso de un creador. Y más allá de una persona, de un país.

Creación literaria: la metáfora de Montejo

Al referirse a un ensayo de creación literaria publicado por Eugenio Montejo, *El taller blanco* (UAM Azcapotzalco), enfatiza un paralelismo entre la escritura y el oficio de panadero: “Los panes, una vez amasados, son cubiertos con un lienzo y dispuestos en largos estantes como peces dormidos hasta que alcanzan el punto en que deben hornearse” (p. 91), proceso parecido al de la escritura. Pero la comparación va más allá, pues argumenta que podrían delinearse semejanzas en la rigurosidad al ordenar los “ingredientes” que componen ambas ocupaciones.

Del mismo modo, puntos en el sendero transitado por Ruvalcaba están cimentados en reflexiones y diálogos entablados por jóvenes escritores al buscar un espacio en el espectro de la literatura nacional. Y ahí —en la intimidad de una pluma reveladora— se perciben sus apuntes transfigurados en valoraciones colectivas. Repasa temas y géneros: crónica, reseña y artículo. Esboza notas para pintar un telón cotidiano, se ofrece una pequeña viñeta cargada de tonalidades de una ensayística acabada, vigorosa y fortalecida por la experiencia.

El lenguaje en los ensayos

Parece imprescindible remarcar el empeño de Ruvalcaba en el manejo del lenguaje para otorgarle una caracterización especial a diferentes argumentos. Una de las peculiaridades es la recopilación de múltiples lapsos de su vida, lo cual le imprime un sello temporal (mas no de caducidad) a cada pieza narrativa. En cuanto a las formalidades del escrito, al transitar en el silencio y convertirlo en representaciones tangibles, el cuerpo del volumen se halla ordenado por sucesiones, en párrafos aislados, como si fueran evocaciones. Se dan cita repasos de sinfonías, breves crónicas y revelaciones humanas. Novela, ensayo y poesía llenan un renglón sobresaliente en tareas cotidianas y hallazgos que se forjan en la práctica de la escritura. Es una entrega, en buena medida, argumentativa; la transparencia lingüística, matizada con un lenguaje accesible, construye el hilo directriz de la exposición.

Para leer

Al sumergirse en *El silencio me despertó*, tal vez se pueda hojear aleatoriamente y dejarse llevar por la elocuencia de las palabras amenas e intimistas. Cabría la posibilidad de pensar el tono de diario con el que fue escrito para revelar al escritor ante múltiples espacios artísticos. Y a lo mejor sea conveniente combinar la lectura con una memorable sesión musical de cuartetos para piano y cuerdas de Brahms, como confidentes necesarios al transitar en el silencio y conversar a partir del nuevo libro de Ruvalcaba. ▲